TOMÁS PORTO

Se trata de un prodigio eucarístico, testigo elocuentísimo de la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, ocurrido precisamente con ocasión de una duda acerca de la verdad de este misterio.

El hecho acaeció de esta manera: Hacia el año 1297, mientras celebraba la Misa conventual el capellán del monasterio, notaron las monjas, desde el coro, que, en el momento de sumir la Sagrada Hostia, dicho sacerdote permanecía largo rato parado, dando, a la vez, muestras de gran perturbación y perplejidad. Una de las religiosas, que oía la Misa desde una tribuna más próxima al altar mayor, observó algo más. Como que veía al celebrante del lado, notó que se sacaba alguna cosa de la boca, la ponía sobre los corporales y, rasgando un trozo de éstos, la envolvía y la dejaba a un lado del altar. Acabada la Misa, fue aquella religiosa a mirar lo que había en aquel envoltorio y encontró en él un pedacito de carne, del volumen de una avellana grande, envuelto en un pedazo de tela, roja de sangre.

Sorprendida la monja, lo comunicó a las demás, y enseguida mandaron buscar al capellán que había celebrado la Misa; pero éste se había marchado, y nadie sabía a dónde. Entonces avisaron a otro capellán que estaba en el pueblo, y que seguramente era el párroco, el cual, maravillado de lo que veía, tomó el envoltorio en sus manos con gran reverencia, y lo trasladó a la sacristía, donde fue colocado en una cajita de cristal, juntamente con las otras reliquias que el convento poseía.

Al principio, todos quedaron admirados, sin que supieran a qué atenerse, pero poco a poco fueron adivinando lo que había acaecido.

Aquel sacerdote que había celebrado la Santa Misa, en el momento de comulgar fue asaltado por la duda acerca de si estaba realmente Jesucristo en la Hostia, y Dios Nuestro Señor, para convencerle, obró este prodigio: Mientras tenía en la boca la Sagrada Forma, aumentó ésta de volumen y de consistencia, de tal manera que le fue imposible tragarla, por lo que se la sacó de la boca y viola toda encarnada, como si estuviera empapada en sangre. Aturdido el pobre sacerdote, rompió un trozo de los corporales que allí tenía, envolvió la Sagrada Forma, la puso en un extremo del altar y, después de acabar, como pudo, el Santo Sacrificio, se fue y huyó del pueblo, sin pasar siquiera por su casa, espantado y sin darse apenas cuenta de lo que ocurría.

Más tarde, un platero de Gerona, Pedro Angel, construyó un relicario, donde fue puesto el gran "Milagro". El reverendo Jaime Dalmau, beneficiado de la catedral de Gerona, que fue quien lo sacó de la cajita donde estaba para colocarlo en el relicario, pudo notar, como también la abadesa y otras religiosas allí presentes, que en aquel objeto milagroso se descubrían como unas dentelladas. Partiéronlo un poco, sin acabar de romperlo, y vieron, en el interior, un color todavía más rojo, como de sangre fresca, con lo que quedaron más confirmados en la creencia de que la sustancia envuelta en aquel lienzo era la Carne y la Sangre de Jesucristo milagrosamente conservada. Por esto se guarda dentro del Sagrario, juntamente con el copón de las Sagradas Formas.

La fama de este prodigio traspasó los límites de Cataluña y llegó hasta Roma. Varios Papas han con-

cedido gracias especiales a todos los que visiten "la Santa Duda".

* * *

En la catedral de Gerona también se venera otra "Santa Duda", cuya historia es la siguiente:

Celebraba el santo Sacrificio de la Misa el canónigo capitular, el cual había de consagrar las seis Formas que, según costumbre, se guardan siempre en el Sagrario, por si fuese menester administrar el santo Viático a alguno de los canónigos. He aquí que, una vez hecha la consagración, le sobrevino la duda acerca de si Jesucristo estaba real y verdaderamente dentro de aquellas partículas. En aquel mismo momento, aquellas Sagradas Formas quedaron convertidas en carne viva, de la cual manaba sangre, quedando fuertemente pegada a la tela de los corporales.

Este milagro, conocido también con el tradicional nombre de la "Santa Duda", se presenta a la adoración de los fieles en un relicario en forma de custodia.

Los documentos auténticos que hacen referencia a este prodigio se han perdido en las diferentes vicisitudes por las cuales ha pasado el archivo de aquella catedral. No obstante, demuestran la autenticidad de este hecho una tradición constante y el culto inmemorial que se tributa a esta reliquia.

(P. Zacarías de Lloréns, en *Flores Eucarísticas).*

Santísimo Misterio de Aniñón

Aniñón es un pueblo de la provincia de Zaragoza y diócesis de Tarazona.

Su iglesia parroquial sufrió un incendio a fines del siglo XIII. Presa de las llamas el altar mayor, el fuego alcanzó hasta el Sagrario y chamuscó la hijuela y corporales donde a la sazón se guardaban seis Hostias consagradas, que, sin embargo, quedaron ilesas y de las cuales brotó sangre, que empapó por completo la parte del corporal en que se hallaban colocadas.

Siempre se han conservado con veneración y se les ha tributado por los fieles el culto correspondiente.

La beata Imelda

Esta niña angelical nació en la ciudad de Bolonia. No se ha conservado su fe de Bautismo; pero los autores italianos más autorizados dicen que vino al mundo en 1322. Era hija de los condes de Lambertini, ilustres en nobleza y en virtud. La condesa, desconsolada porque no tenía hijos, había rogado fervorosamente para que le fuese concedida una hijita, y, según se dice, obtuvo tal merced del Cielo por medio del Santísimo Rosario, del cual era devotísima.

La pequeña Imelda pronto llamó la atención por sus celestiales inclinaciones. Cuando lloraba, se sentía consolada al oír los nombres de Jesús y de María; cuando comenzó a hablar, fueron estos nombres dulcísimos los que pronunció con más frecuencia. A veces, la encontraban con las manos levantadas al cielo, en oración, y con los ojos anegados en lágrimas de ternura. Permanecía largos ratos sobre las rodillas de su madre, aprendiendo las primeras oracio-

nes. Era muy devota de la Madre de Dios, y, sobre todo, de la Sagrada Eucaristía. Pasaba muchas horas delante del Sagrario, como extasiada, y, con mucha frecuencia, se alejaba de las fiestas de familia, y se iba al oratorio del palacio, prefiriendo a todo bullicio el encanto de aquel altarcito, que ella misma arreglaba y adornaba con flores. Más de cuatro veces se habían preguntado sus parientes: "¿Qué llegará a ser, con el tiempo, esta niña?".

Apenas tenía nueve años, cuando ya la voz de Dios se había dejado oír claramente en su alma, y la había invitado al recogimiento del claustro. Es cierto que era todavía muy jovencita para ser religiosa, pero su falta de edad era compensada por sus bellas cualidades y por su juicio de persona mayor. En aquella época, varios niños y niñas habían entrado en algunos conventos, y la Iglesia no lo había prohibido. Así fue como Imelda pudo satisfacer pronto sus ansias de unirse con Jesucristo. Sin hacer caso de las advertencias de los parientes, ni de ninguna consideración humana, entró bien decidida y con el corazón lleno de alegría, en el monasterio dominicano de Val-di-Pietra.

No había hecho aún la Primera Comunión, pues los niños, en aquel tiempo, no eran tan dichosos como ahora, cuando, por voluntad de la Santa Iglesia, pueden comulgar tan pronto. Por esta causa suspiraba siempre por el día más feliz de su vida, y era tan grande el concepto que tenía de la Eucaristía, que no sabía entender cómo era posible no morir de amor al recibir el Pan de los Angeles. Reiteradamente había suplicado al sacerdote que la dejase comulgar,

pero no obtuvo esta gracia; su edad lo impedía; era demasiado pequeña.

Mas, he aquí que, el día 12 de mayo de 1333, cuando ya habían comulgado todas las monjas y cuando ya había sido cerrada la puerta del Sagrario y estaban apagados los cirios del altar, mientras las religiosas se dirigían a sus ocupaciones, Imelda se quedó postrada en tierra, en el coro, con gran desconsuelo. De repente, el coro se iluminó con una luz milagrosa y se llenó de un olor suavísimo, que, esparciéndose por todo el convento, atrajo otra vez hacia la iglesia a todas las monjas. Una Hostia se movía sola, en el aire, y parecía que quería ir hacia la monja-niña, que se derretía de amor, temblorosa y con las manos juntas, bajo la influencia del Sol de las almas. Al ver tal milagro, el sacerdote entendió claramente la voluntad de Dios, se revistió de nuevo, y, tomando la Hostia que flotaba en el espacio, administró a Imelda la Sagrada Comunión. Entonces Imelda cerró los ojos a toda cosa exterior, juntó las manos, inclinó la cabeza... y pareció quedar dormida. Pero pronto su color encarnado se transformó en un color ligeramente rosado, y pasaron varias horas sin que se desvaneciera el encanto. Entonces las monjas presintieron lo que sucedía; se acercaron a ella, la llamaron, pero no respondió; estaba muerta, muerta de amor a Jesús, tal como se había imaginado...

Un gran gentío acudió a Val-di-Pietra para ver el cuerpo de la joven novicia. Y nadie dudó de venerarla enseguida como bienaventurada.

Cada año, el día 12 de mayo era celebrado en el convento con toda solemnidad. Los Papas vieron siempre con buenos ojos este culto, hasta que, por

fin, un decreto de León XII, en 1826, la declaró Beata, autorizando su oficio litúrgico y Misa propia.

(P. Zacarías de Lloréns, O.F.M.Cap., en *"Flores Eucarísticas"*, Edit. balmes, 1959).

El milagro de Alboraya

Era una noche de julio de 1348. La atmósfera, calurosa y cargada de humedad, presagiaba una tormenta. Con todo, el párroco de Alboraya, celoso de su ministerio sacerdotal, salió con el Viático camino de una lejana alquería, donde le reclamaba un moribundo.

La tormenta estalló en el preciso momento en que, terminada su misión, se disponía a regresar. Los vecinos le aconsejaron esperase, pero no podía quedarse allí toda la noche y, aprovechando un momento de calma en el temporal, apretando contra su pecho el copón, caminó entre lodazales y en la oscuridad, amortiguada por el débil resplandor del farol que llevaba su acompañante.

Todo fue bien hasta llegar al barranco de Carraixet. Era el paso más difícil del camino. Con la reciente tormenta, el torrente había centuplicado su caudal y una simple tabla servía de puente para salvarlo.

El párroco, animoso, se arriesgó, pero, cuando estaba a mitad del estrecho puente, resbaló y, en el brusco movimiento para guardar el equilibrio, el copón salió despedido para hundirse en las tumultuosas aguas del torrente.

TOMÁS PORTO

El párroco, valiente y temerariamente, se arrojó a las aguas para rescatar el precioso tesoro. Luchó denodadamente contra la corriente, pero sus esfuerzos fueron en vano: el copón quedó sepultado y en él había tres Formas.

La noticia corrió velozmente por el contorno y fueron muchos los hombres que se prestaron voluntarios para rescatar de las aguas el Sagrado Tesoro. En ello trabajaron toda la noche y, por fin, con las primeras luces del día, apareció el copón. Pero... ¡estaba vacío! Con el golpe de la caída se había entreabierto y las tres Formas que contenía, arrastradas por la violencia de la corriente, habían desaparecido camino del mar.

La desolación del cristiano pueblo de Alboraya fue indescriptible, e inmediatamente se organizaron actos de reparación, de honor y desagravio. ¡Emocionante y ejemplar la fe de aquel pueblo valenciano!... Tanto que el Señor quiso premiarlos con un estupendo milagro. Milagro inaudito, que parecía increíble, de no contarlo cien crónicas que han hecho célebre el barranco de Carraixet.

A la incierta luz de la aurora, allí donde el torrente rinde sus aguas al mar, todos los vecinos de Alboraya pudieron ver cómo tres peces se mantenían erguidos sobre la corriente, sosteniendo en la boca entreabierta una Hostia consagrada.

El estupor hizo caer de rodillas a las sencillas gentes del campo, mientras alguien corrió a comunicar al párroco el portentoso suceso. Los tres peces siguieron inmóviles en medio de la corriente hasta que el sacerdote, revestido de ornamentos sagrados, se acercó a la ribera.

Y entre cánticos del pueblo y lágrimas que corrieron de todos los ojos, los tres peces fueron depositando las tres Formas en manos del sacerdote.

Nunca se vio procesión tan devota como la que entonces se organizó para trasladar al Santísimo desde la ribera del mar hasta la iglesia del pueblo. El copón de tan singular maravilla se conserva aún hoy como perpetuo recuerdo del milagro, y para hacer nacer la fe en los corazones de quienes no creen, han grabado en él esta frase feliz: *¿Quién negará de este Pan el Misterio, cuando un mudo pez nos predica la fe?*

El rescate de la Arquilla-Sagrario

Torreblanca es un pueblo marítimo del reino de Valencia, que, allá hacia fines del siglo XIV, presenció, horrorizado, una sacrílega profanación del Sacramento de nuestros amores, y engalanado y vestido de fiesta celebró, más tarde, una digna y completa reparación.

Eran frecuentes, en aquellos tiempos, las incursiones de los piratas, los cuales se precipitaban sobre nuestras poblaciones del litoral, las saqueaban y las destruían, y se llevaban cuanto querían: tesoros, riquezas y personas. Como testigo perenne de aquellas tropelías han quedado todavía, y pueden contemplarse en algunas poblaciones marítimas, unas torres, levantadas con el intento de defenderse y de alejar unos huéspedes tan importunos.

Corría el año 1397, y un grupo de dichos piratas, venidos de Berbería (Africa), tomó por teatro de sus

operaciones el pueblo de Torreblanca, y saqueó y llevó consigo cuanto pudo. Su loca avaricia ni siquiera perdonó a la iglesia, que fue, asimismo, objeto de la profanación más sacrílegamente impía, pues fueron robadas todas las joyas, y ni tan sólo fue respetada una arquilla en la cual se guardaba el Sacramento Eucarístico. Perder sus tesoros, ver cómo se llevaban, en calidad de esclavas, a sus mujeres y a sus hijas, perder aun la propia vida, era una cosa terrible para los habitantes de Torreblanca; pero perder y ver profanar, en manos sarracenas, a su Dios, Prisionero de amor en el sagrario, ¡ah!, esto no lo soportaban aquellos piadosísimos antepasados nuestros.

La noticia de tan terrible atropello llegó enseguida a Valencia, y el gobernador, Ramón Boil, reunió el Consejo general, el cual ordenó una expedición a Berbería, para castigar la injuria hecha a Dios y a la patria. La ciudad de Valencia equipó a sus expensas dos galeras, que puso bajo la dirección de Jaime Pertusa. El gremio de curtidores, cuidó de equipar otra. Llegaron también algunas de Barcelona y de Mallorca y, entre todas, formaron una escuadrilla de catorce embarcaciones entre galeras y galeotas. Proclamada la Santa Cruzada por el Papa aragonés don Pedro de Luna (Benedicto XIII), salió la expedición hacia Berbería, bajo el mando del Vizconde de Rocaberti. Dirigióse hacia la ciudad de Tedeliz, a la cual pertenecían los piratas que habían saqueado y profanado el pueblo y la iglesia de Torreblanca.

El asalto fue reñidísimo y sangriento: los moros resistieron con ferocidad; los bravos cristianos, ora perdían, ora ganaban. El noble Pertusa murió en la lucha, víctima de su fe y de su patriotismo; pero, al

fin, los nuestros obtuvieron una completa y definitiva victoria e hicieron pagar bien caro a los sarracenos los saqueos y las profanaciones de Torreblanca. A los valerosos curtidores valencianos cupo la gloria de rescatar, con sus propias manos, la arquilla-sagrario con la Hostia sacrosanta, que fue devuelta triunfalmente a la iglesia donde había sido robada.

Desde entonces, el gremio de curtidores de Valencia lleva dibujado en su bandera un cáliz con la Hostia santa, orlado con esta inscripción: *La llevamos, porque la ganamos.* El mismo gremio conserva todavía una antigua escultura, que suele ser sacada en algunas procesiones, la cual recuerda plásticamente este hecho. Finalmente, para conmemorar tan célebre batalla, existen, en la iglesia de Torreblanca, una pintura firmada por José Orient, la cual representa el momento en que la sagrada Hostia fue rescatada por los mencionados curtidores, y, todos los años, el segundo día de la Fiesta Mayor, es decir, el día siguiente a la fiesta de San Bartolomé, 25 de agosto, se conmemora solemnemente esta heroica hazaña de nuestros antepasados.

(Habla de este hecho Teodoro Llorente en su obra: *España, sus monumentos y artes.* Valencia. T. I. págs. 215 y 216).

El milagro de Segovia

El lugar donde ocurrió este milagro era una sinagoga, hoy iglesia llamada del Corpus Christi, perteneciente al convento de Religiosas Clarisas.

El año 1410, un sacristán de la iglesia de San Fa-

cundo pidió a un judío, médico, cierta cantidad de dinero que necesitaba. El judío, llamado Don Mair, le exigió a cambio una Hostia consagrada, la cual le fue entregada por el sacristán.

Conseguido esto, el judío llamó secretamente a otros judíos amigos suyos y realizaron lo siguiente: Llevaron la Sagrada Forma a la sinagoga y la arrojaron a una caldera de agua hirviendo. Pero la Sagrada Forma salió volando por la habitación, y la perseguían, pero no podían cogerla. En esto se oyó un gran trueno y estallido, abriéndose las paredes (que se conservan hasta hoy día), pensando los judíos que se venía el edificio al suelo.

Atemorizados, acordaron llevar la Sacratísima Hostia al padre prior de los Dominicos. La Comunidad la recibió y llevó con toda solemnidad al altar. Y, enfermando un novicio en este tiempo, le dieron como viático la Sagrada Forma. El novicio falleció santamente a los tres días.

Se instruyó proceso canónico sobre este milagro, y las parroquias de Segovia determinaron celebrar anualmente una solemne función de desagravios.

La Misa milagrosa del padre Cabañuelas

Un prodigio eucarístico en el Santuario de Guadalupe (Cáceres)

El Venerable padre Cabañuelas, o fray Pedro de Valladolid, que era su nombre en religión, protagonista del suceso prodigioso que nos ocupa, fue uno de los eximios varones que ilustraron con su virtud

TOMÁS PORTO

la incipiente vida religiosa en el cenobio guadalupense en los primeros tiempos de su establecimiento en él de la Orden de San Jerónimo, en 1389.

Son los discípulos aventajados, él y otros más, del Venerable padre fray Fernando Yáñez de Figueroa, ilustre cacereño de la más rancia nobleza y primer prior del monasterio, que brillan por su santidad a lo largo de la primera mitad del siglo XV, algunos de los cuales, ocho en total, han quedado inmortalizados por el pincel de Zurbarán en otros tantos lienzos de los once que decoran la sacristía del Santuario de Guadalupe. Los tres restantes son escenas de la vida de San Jerónimo.

El padre Cabañuelas abrazó, siendo muy joven, la vida religiosa y siempre se distinguió por su acendrada devoción a la Eucaristía, en cuya contemplación y meditación gastaba gran parte de las horas del día y de la noche. Pero quiso el Señor aquilatar aquella su fe en el gran Misterio, permitiendo al enemigo de las almas viniera a turbar su imaginación con terribles dudas sobre la presencia real de Cristo en el Sacramento del Altar, dudas que se acrecentaban hasta producirle tremenda angustia, mientras celebraba el Santo Sacrificio.

El suceso milagroso que disipó todas sus dudas y le curó radicalmente de todas sus incertidumbres para el resto de su vida, podemos situarlo cronológicamente hacia 1420, como a los cincuenta años de su edad, y es él mismo quien nos lo refiere, aunque en tercera persona, en una relación que de su puño y letra se halló entre sus papeles después de su muerte, y que transcribimos a continuación.

"A un fraile de esta casa, dice, acaeció que un sábado, diciendo Misa, después que hubo consagrado el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, vio una cosa como nube que cubrió el ara y el cáliz, en manera que no veía otra cosa sino un poco de la cruz que estaba detrás del ara: lo cual le puso gran temor y con muchas lágrimas rogaba al Señor que pluguiese a su piedad de le manifestar qué cosa era aquélla y lo librase de tan gran peligro. Y estando así muy atribulado y espantado, poco a poco se fue quitando aquella nube; y, desque se quitó, no halló la Hostia consagrada y vio la hijuela que estaba sobre el cáliz, quitada; y acató en el cáliz y violo vacío. Y cuando él esto vio, comenzo a llorar muy fuertemente, demandando misericordia a Dios y encomendándose devotamente a la Virgen María.

"Y estando así afligido, vio venir la Hostia consagrada puesta en una patena muy resplandeciente, y púsose en derecho de la boca del cáliz; y comenzó a salir della gotas de sangre, y cayó tanta cantidad en el cáliz como de antes estaba. Y desque la sangre hubo caído en el cáliz, púsose la hijuela encima del cáliz y la Hostia encima del ara, como antes estaba. Y el dicho fraile, estando así muy espantado y llorando, oyó una voz que le dijo: *Acaba tu oficio, y sea a ti en secreto lo que viste*".

El momento en que Zurbarán le representa en el lienzo, uno de los mejores, junto con "La Perla", por la belleza de su composición, expresión de los rostros, luminosidad y colorido, de cuantos salieron de su pincel, es aquel en que, viendo aparecer de nuevo por el aire la resplandeciente patena con la Hostia consagrada, cae de rodillas, entre atónito y arro-

bado, reconociendo y rindiendo su inteligencia a la evidencia del milagro, mientras que el lego que le servía, de rodillas también, semeja no haberse percatado —lo que también hace notar el padre Cabañuelas en su relación— del prodigio eucarístico operado en aquella "Misa milagrosa".

El hecho fue pronto conocido y divulgado por todos los ámbitos de la nación, y hasta los mismos reyes de Castilla, don Juan II y su esposa doña María de Aragón, junto con el príncipe don Enrique, el futuro Enrique IV, acudieron a Guadalupe, por conocer y tratar al siervo de Dios, elegido ya a la sazón prior del monasterio, quedando tan prendados de su virtud y santidad, que la reina le eligió por su consejero en materias del espíritu, y mandó en su testamento que, cuando trajeran sus restos al Santuario, colocaran a su lado los del padre Cabañuelas, como en efecto se hizo.

Aún nos queda un precioso testimonio de la "Misa milagrosa": los corporales y la hijuela, con unas gotas de sangre, usados en la misma, reconocidos ante notario apostólico en el siglo XVII, fueron declarados auténticos y son hoy la más preciada reliquia con que se honra el relicario guadalupense, como fueron también preclara reliquia eucarística, expuesta a la veneración de los fieles, entre dos velas encendidas, en el Congreso Eucarístico Nacional de Toledo, octubre de 1926.

El padre Cabañuelas murió el 20 de marzo de 1441, en olor de santidad, muy querido y venerado de todos.

(Fray José Torrejón, O. F. M.)

La Hostia Santa convertida en hermosísimo niño

Entre los muchos prodigios que ha obrado el Señor para demostrar su presencia real en el augustísimo Sacramento de la Eucaristía, merece una mención especialísima el que tuvo efecto en Zaragoza, en 1427, siendo Arzobispo don Alonso Arbuello. El doctísimo Dormer, arcediano de aquella Metropolitana, nos dejó escrita la narración de este hecho.

Vivía en dicha ciudad un matrimonio cristiano muy mal avenido por diferencias de temperamento. La esposa, cansada de aguantar a su marido, tomó, un día, la resolución de ir a visitar a un moro brujo, enemigo irreconciliable del nombre cristiano, para consultarle la manera de hacer cambiar el carácter de su marido. Cuando el moro se enteró del motivo de la visita, le dijo que, precisamente, poseía un remedio muy eficaz y a propósito para estos casos, pero que, para prepararlo, necesitaba una Hostia consagrada de las que se distribuyen en la Sagrada Comunión. Aquella mujer, desaprensiva y supersticiosa, le prometió que le llevaría una, aquel mismo día.

Para tal objeto se dirigió enseguida a la iglesia parroquial de San Miguel, donde se confesó y comulgó sacrílegamente, y, una vez recibida la Sagrada Hostia, se la sacó de la boca, la puso, con disimulo, en una cajita que tenía preparada y se encaminó, otra vez, a la casa del moro, para entregarle, ¡oh sacrilegio!, el Cuerpo sacratísimo de Jesús.

Mas, cuál no fue su sorpresa, cuando, al descubrir la cajita, encontró, en lugar de la Sagrada Forma, un hermoso Niño, pequeño y bello, y resplandeciente como el sol. De momento, aquella mujer,

perturbada, no sabía qué hacer, si correr a dar noticia del prodigio o continuar su acción sacrílega. El moro la sacó de dudas, aconsejándole que arrojase al fuego la cajita y la Forma. Así lo hizo aquella mujer impía. Mas he aquí un nuevo prodigio. La cajita quedó, en pocos momentos, convertida en ceniza, pero el Niño se conservó intacto, hermoso y sonriente como antes.

La impía testarudez de aquella mujer era inconcebible. En lugar de reconocer su enorme falta y pedir perdón a Dios, acudió otra vez al moro, que, menos duro e insensible que ella, se espantó ante la persistencia del prodigio, y, temiendo un castigo severísimo del Cielo, aconsejó a aquella mala mujer que corriese a dar cuenta de ello a la Seo. Así lo hizo, en efecto, y, arrepentida de su horrible sacrilegio, confesó, con gran dolor y lágrimas, su pecado. El buen Jesús tuvo también compasión de aquel moro, y, mediante aquel prodigio, le tocó el corazón, pues se convirtió a la fe y recibió, más tarde, el bautismo de manos del Vicario general.

Pronto el señor Arzobispo tuvo noticia de un hecho tan maravilloso, y, queriendo proceder con la mayor discreción y prudencia, nombró una comisión para que examinase el hecho y diese su dictamen sobre la verdad de lo acontecido. La comisión confirmó la realidad del caso, y, no habiendo lugar a la menor duda, organizó una grande y solemnísima procesión, para trasladar aquella milagrosa Forma a la iglesia. Asistieron los dos cabildos, el de la iglesia del Salvador y el del Pilar, y los clérigos seculares y regulares, las autoridades de la ciudad y un inmenso concurso de pueblo. El señor Arzobispo, bajo palio,

llevaba la Sagrada Forma sobre una patena, haciéndose visible a todos aquel Niño hermosísimo y resplandeciente. Al llegar a la iglesia, el Sacramento fue colocado sobre el altar de San Valero, para satisfacer la piedad de los fieles, y terminó el acto con una conmovedora plática del señor Arzobispo, que arrancó lágrimas y suspiros de toda la concurrencia.

Durante todo aquel día, que era sábado, quedó expuesta la Santa Hostia en aquel altar, y continuó la gran maravilla. Al día siguiente, el prelado celebró el santo Sacrificio de la misa en aquel mismo altar, y, al llegar al ofertorio, aquel bellísimo Niño desapareció de la vista de todos, y quedó tan sólo la Forma de antes, que el celebrante sumió, al llegar a la Comunión.

Desde aquel día, y debido a este gran prodigio, creció extraordinariamente en Zaragoza la devoción al augusto Sacramento de la Eucaristía.

La relación de este hecho, acreditada por innumerables testimonios, se conserva en el archivo del Cabildo Metropolitano, y aparece perpetuado su recuerdo en las pinturas que adornan la capilla de Santo Domingo del Val.

(Padre Zacarías de Lloréns, en *Flores Eucarísticas).*

Libradas del fuego

En la mitad del siglo XV, en el Monasterio de San Lorenzo de Munt, de religioso benedictinos, acaeció el siguiente prodigio eucarístico:

El día 7 de mayo, después de Completas, el mon-

je sacristán puso sobre el altar de San Miguel Arcángel los ornamentos necesarios para la fiesta del día siguiente, sacándolos de un gran armario de madera que había detrás del altar mayor. Por lo que se desprende de los documentos, se ve que se dejó un cirio encendido dentro del armario; y, al ir a la iglesia los monjes a la mañana siguiente, con gran sorpresa hallaron todo el armario quemado y la cruz de bronce y los cálices de plata, que había en el mismo armario, completamente fundidos por el fuego.

Los monjes removieron las cenizas hallando no solamente fundida, sino hecha una brasa encendida, la caja de plata —especie de sagrario— en la cual se habían guardado tres partículas consagradas. Enfriada con agua la caja o custodia y colocada sobre el altar mayor, fue abierta, viéndose los corporales totalmente convertidos en ceniza; apareciendo, en cambio, completamente enteras, sin la menor quemadura, las tres partículas consagradas.

Admirados el prior y los monjes, adoraron el Santísimo Misterio con toda reverencia, y, conservando las tres sagradas partículas, ordenaron que perpetuamente se celebrase el Oficio de Corpus todos los jueves del año y que se construyese una capilla en la que se guardasen las tres partículas en una caja de cristal, cerrada con tres llaves, una de las cuales debía guardar el Arzobispo de Tarragona, otra el Obispo de Barcelona y la tercera un Abad de la Orden benedictina.

El rey Alfonso V de Aragón mandó, con tal motivo, una carta al Sumo Pontífice, comunicándole el milagro; y el Papa, a su vez, envió un oficio al Arzobispo de Tarragona y al Abad del Monasterio de

Santas Creus, invitándoles a que contasen con toda exactitud el milagro, a fin de que "los devotos se confirmen en su devoción, y los que no lo son, sean excitados sinceramente a la devoción y a la firmeza de la fe".

(Citado en *Fulgores Eucarísticos,* sacado de documentos del Archivo Vaticano).

La ciudad del Santísimo Sacramento

La ciudad de Turín es conocida con el nombre de *Ciudad del Santísimo Sacramento*. Ved el público y solemne milagro que a tal título la ha hecho acreedora.

Era la tarde del 6 de junio del año de gracia de 1453. Por una de las calles de Turín avanzaba con paso tardo un jumento cargado de mercancías, guiado por dos hombres de mala catadura y de oficio desconocido. Venían de Exilles, plaza fuerte cercana a Susa, que había sido entregada al saqueo a consecuencia de la guerra. Nada se había respetado, ni aun la misma iglesia; y a lomos del jumento iba la Custodia con la Sagrada Hostia y otros objetos sagrados procedentes del robo sacrílego.

Pasaban junto a la iglesia de San Silvestre, cuando el asno se detiene, se encabrita y al fin cae en tierra. En vano le golpean furiosamente sus conductores. El asno no se mueve.

En este momento, y a consecuencia de un golpe mal dado, rómpese la carga y aparece en lo alto la

Custodia, resplandeciente y más hermosa que el sol, a la vista de los circunstantes.

Presto se difunde la nueva de lo acaecido; y allá acude el Obispo Luis de Romaño, seguido del clero y de numeroso pueblo. Apenas ha llegado, se abre la Custodia y lentamente desciende hasta el suelo; mas la Hostia divina queda radiante y suspendida en el aire.

La multitud, llena de asombro y de religioso sentimiento, exclama: ¡"Señor, quedad con nosotros!".

¡Nuevo prodigio! La Santa Hostia, poco a poco, desciende hasta posarse en un cáliz que el Obispo tiene en sus manos, y en el cual con toda solemnidad le conduce a la catedral.

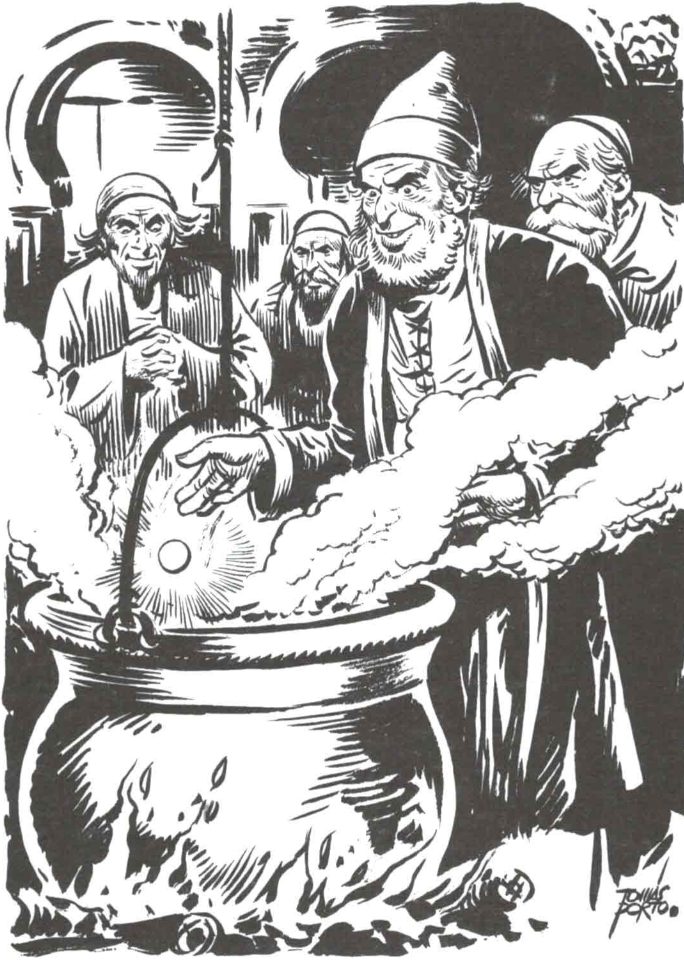
En el lugar donde se realizó el prodigio erigióse la iglesia titulada del *Corpus Domini*.

Este es el origen de la singular devoción que en Turín se tiene al Santísimo Sacramento.

Se aparecen un Cáliz y una Hostia a unos judíos

Un judío convertido refirió, antes de morir, este prodigio a Santo Tomás de Villanueva, rogándole lo divulgase después de su muerte.

— Era yo joven —decía— y yendo de camino con un camarada, nos pusimos a hablar del Mesías, siempre esperado por los hebreros. En nuestra conversación, expresamos el sincero interés de que el Deseado naciese en nuestros días para tener la dicha de contemplarle. En esto se nos hizo de noche; mas, a poco, una maravillosa claridad alumbró parte del cielo. Mi padre me había recomendado en varias oca-



siones que, si yo llegaba a presenciar alguna vez cualquier fenómeno extraordinario, me apresurase a pedir al Señor una gracia. Entonces, cumpliendo su encargo, mi compañero y yo nos pusimos de rodillas suplicando a Dios se dignase mostrarnos al Mesías prometido. Estábamos en oración cuando vimos aparecer, en medio de luminosa aureola, un cáliz resplandeciente y encima una Hostia. Estupefactos, primero, por el prodigio, nos sentimos luego dulcemente confortados, y comprendimos que éste era el verdadero, el único Mesías.

La fe tomó posesión de nuestros corazones y dimos gracias a Dios por habernos alumbrado con la luz de la verdadera fe. Vuelto a casa, el temor a mi padre me impidió exponerle lo ocurrido. Mas cuando quedé libre de su tutela, no demoré en recibir el Bautismo y abracé la religión cristiana.

El milagro de Bruselas

Un banquero judío, llamado Jonatás, que vivía en Enghien, consiguió por dinero y por mediación de otro judío, Juan de Louvain, falsamente convertido al cristianismo, hacerse de un copón robado en una iglesia de bruselas y que contenía varias Hostias consagradas. El desgraciado las profanó sacrílegamente en unión de sus amigos; pero, por justos juicios de Dios, fue asesinado dos semanas después. Como la viuda de este hombre entregase las Sagradas Hostias a los judíos de Bruselas, ocho de ellos tuvieron una reunión el día 4 de abril de 1370, que era Vier-

nes Santo, y, habiendo colocado las Hostias sobre una mesa, las pincharon con puñales.

Entonces salió de ellas sangre milagrosa y cayeron de espaldas los sacrílegos como sus antepasados en el Huerto de los Olivos. Aterrorizados, quisieron deshacerse de las Sagradas Formas, y para ello consiguieron que una mujer, falsamente convertida del judaísmo, las llevase a Colonia. Pero movida por los remordimientos, esta mujer reveló el hecho al párroco de Nuestra Señora de la Chapelle.

Instruyóse, después, proceso del hecho, y los judíos declararon convencidos su crimen.

Tres de las hostias milagrosas se conservan aún en la Colegiata de Santa Gúdula, en Bruselas, encerradas en una Custodia de extraordinaria riqueza y arte, que se lleva solemnemente todos los años por las calles de la capital en una imponente manifestación de fe, denominada la *Procesión del Santísimo Sacramento del Milagro*.

Flor celestial

El párroco de Ettiswyl, cantón de Lucerna, un día de fuertes lluvias llevó el Santo Viático a un enfermo que moraba en la campiña. Llegó a un sitio en que el camino estaba convertido en un verdadero pantano, y, por desgracia, tropezó y cayó. En su caída se abrió el copón, y la Santa Hostia desapareció entre el limo, sin que pudiese dar con ella. En este trance, exclamó entre sollozos: ¡Señor, tened piedad de mí! No me levantaré de este lugar hasta que me mostréis dónde se encuentra el Santísimo Sacramento...

TOMÁS PORTO.

A tan humilde ruego el Señor obró este prodigioso milagro: De en medio del fango brota una plantita terminada en un botón. Ante la sorpresa del sacerdote, crecen planta y botón rápidamente; el botón se abre y se transforma en una hermosa flor de bellos colores y suaves perfumes, dentro de la cual apareció, brillante e inmaculada, la Sagrada Forma que se había caído, y que, sin duda, habían recogido los ángeles para honrar al que en las Escrituras es llamado "Flor de los campos y Lirio de los valles".

Con gran alegría recogió el Sacramento tan milagrosamente conservado y siguió su camino hacia la morada del moribundo a quien debía consolar.

(P. M. Traval, S. J., *Prodigios Eucarísticos*).

Prodigiosa aparición en la Catedral de Véroli (Italia)

Bajo el aspecto de un Niño hermosísimo, Jesucristo nuestro Señor fue visto también en la catedral de Véroli, la tarde de Pascua de 1570, en ocasión de celebrarse las "Cuarenta Horas". En aquella época, la Sagrada Hostia no se exponía en el ostensorio, sino en un cáliz o en un copón, que se cubría con una patena y recubría con un rico paño de seda blanca, y se colocaba sobre el ara del altar en medio de luces y de flores.

Así se hacía también en Véroli. Iban las cofradías procesionalmente a la adoración de la noche y, a eso de la una y media, próximamente, uno de los cofrades, alzando los ojos, vio sobre el cáliz una blanca nubecilla y en medio de ella un Niño de extraordina-

ria belleza. Gritó: "¡Milagro!"; se divulgó el hecho, y siempre, desde esa noche, mientras duraron las "Cuarenta Horas", sucedieron prodigios a la vista de todos. La Hostia milagrosa se conservó por algún tiempo y después se consumió.

En la última exposición eucarística de Orvieto, entre otros preciosos relicarios, figuró el cáliz de la catedral de Véroli, con la "historia documentada del milagro".

(Ciotti, *Narraciones de Primera Comunión*).

La Sagrada Forma de El Escorial

En el Real Monasterio de El Escorial, situado a unos 50 kilómetros de Madrid, se conserva y venera una reliquia preciosa que fue depositada en este lugar hace más de cuatro siglos. Se trata de una Sagrada Forma que se mantiene incorrupta y en la que se produjo un hecho sorprendente a mediados de 1572, cuya historia resumida es la siguiente:

En dicho año, durante las guerras religiosas que mantenían los católicos frente a los protestantes en los Países Bajos, unos herejes de la secta de los zuinglianos —que eran enemigos declarados de la Sagrada Eucaristía— saquearon la catedral de Corgum, en Holanda. Después de robar las joyas y los vasos sagrados, profanaron el Sacramento del altar, arrojando al suelo y pisoteando la Sagrada Forma que se usaba en la Exposición del Santísimo.

Los profanadores no se contentaron con tirar al suelo la Forma consagrada, sino que uno de ellos se

TOMÁS PORTO

atrevió a pisotearla con sus botas, claveteadas, lo que causó tres orificios por los que brotó instantáneamente la sangre como consecuencia de esta profanación. (Hay quien relaciona los tres clavos de la bota del causante del atropello, con los tres clavos que rasgaron las manos y los pies de Jesús).

Pero uno de los herejes, se supone que fue el mismo que la pisoteó, se dio cuenta del prodigio y, lleno de admiración y temor, se arrepintió. La historia dice que, a la vista del milagro, no sabía qué determinación tomar, y que esperó a quedarse solo para recoger la Forma del suelo. Pero, al intentar acercarse a ella, una fuerza misteriosa le impidió recogerla, lo que interpretó como otro milagro.

Entonces se fue a comunicar lo ocurrido al Deán de la Catedral, quien vino al templo y, en presencia del hereje arrepentido, recogió la Sagrada Forma y la escondió para evitar nuevas profanaciones. Y ambos, de acuerdo, decidieron trasladarla a la ciudad de Malinas. El responsable del hecho se convirtió y abrazó el estado religioso, ingresando en un convento franciscano.

Desde entonces, la Sagrada Forma, con las señales de la sangre que brotó en el momento del sacrilegio, recorrió un largo peregrinaje, siempre huyendo de los enemigos de la religión católica. De Malinas fue a Amberes. Desde allí saltó la frontera belga y fue llevada a Alemania. Luego se llevó a Viena, la capital austríaca, para ser trasladada más adelante a la ciudad de Praga, en Checoslovaquia. Y finalmente, desde este país, pasó al nuestro, traída por la Marquesa de Navarrés, quien se la regaló más tar-

de al rey Felipe II de España. Y este monarca la depositó en el Monasterio de El Escorial.

Durante la invasión francesa, la reliquia se salvó milagrosamente de ser sacada de nuestra nación. Y también se salvó de las profanaciones religiosas que tuvieron lugar en la guerra civil española, gracias a que fue ocultada, envuelta en un corporal, de donde se sacó intacta en el año 1939, tras la liberación de la Basílica por las fuerzas nacionales.

En la actualidad se conserva en el altar de la sacristía, donde se celebra, en ciertos días, actos de Exposición y Reserva del Santísimo, con la milagrosa Forma que se guarda en una valiosa custodia.

(Luis Matute Murillo, en *"Carisma: don sobrenatural"*, 1976.

San Pascual y la Eucaristía

La vida de San Pascual Bailón, santo proclamado por S. S. el Papa León XIII, Patrono de los Congresos Eucarísticos, se nos presenta toda ella salpicada de inflamado amor divino, como si fuera la de un serafín humanado.

Ya desde los tiernos años de su infancia, encontraba el mayor atractivo en visitar a Jesús Sacramentado, burlando muchas veces piadosamente la vigilancia maternal para acudir volando a la iglesia, donde pasaba largos ratos extasiado ante el Tabernáculo. Su figura diminuta resaltaba allí devotísima, hincada de rodillas, con las manos juntitas, el rostro elevado y los ojitos clavados dulcemente en las puertas del Sagrario.

TOMÁS
PORTO

Cuando se acercó su Primera Comunión, no es para ponderar el afán con que se dispuso para hacer una confesión modelo, como primera condición para comulgar y para limpiar de su conciencia hasta los menores defectos.

El acto de la Primera Comunión fue de devota edificación. Los fieles de Torrehermosa adivinaban algo extraordinario en el candor y recogida actitud del pastorcito que, a su vez, no se ocultaba a su buena madre. Lo que obró en el alma pura de Pascual aquel primer beso de Jesús-Eucaristía, quedó en el misterio. El hecho es que Pascual, desde aquel día, se transformó en sus modales, en su manera de ver las cosas de la tierra y en las nuevas aspiraciones de su corazón.

Pascual, durante su niñez, guardaba los rebaños de sus padres, y era en la amplia campiña, rodeado de sus ovejitas, donde podía dar rienda suelta a sus amores eucarísticos.

Primero, el término de Torrehermosa, y luego, tierras levantinas, fueron testigos del amor abrasado del candoroso zagal a Jesús Sacramentado. Y un día Jesús, para premiar tantas finezas de amor a su tierno amante, hizo que se rasgasen los cielos y que apareciese en el aire una refulgente Custodia sostenida por ángeles y nimbada de grácil nubecilla.

Ingresado de joven como hermano lego en la Orden Franciscana, fue modelo de religiosos, entrelazando armónicamente en su vida religiosa tres amores fundamentales: amor a María, amor a la Pasión y amor a la Eucaristía.

El Santísimo Sacramento fue la devoción peculiar de fray Pascual y la que le dio su acrisolado temple de virtud. Ante el Sagrario, donde acudía el primero

por las mañanas y de donde era el último de retirarse por las noches, su alma se encendía en pensamientos del cielo, y su carácter adquiría el acrisolado temple de virtud que le caracterizó.

Pero no sólo fue adorador eximio y ardentísimo amante del Santísimo Sacramento durante su vida, sino que también dio señales de ello después de su muerte.

Durmió el sueño de los justos el día 17 de mayo de 1592 en el convento de Villarreal, del reino de Valencia, y su cadáver, acompañado de un inmenso concurso del pueblo, fue llevado a la iglesia y depositado en el presbiterio, delante del altar mayor.

Terminado el Oficio de Difuntos, se empezó la Misa solemne en sufragio de su alma, y he aquí que, en el momento en que el celebrante alzaba la Sagrada Hostia, el santo difunto abre los ojos y se mueve como en actitud de adorar al Santísimo Sacramento del altar.

El pueblo que rodeaba el catafalco, atónito y admirado de lo que presenciaba, gritó: "¡Milagro!, ¡milagro!...". Todos se agolparon alrededor del túmulo para observar si se repetía el prodigio, y en efecto, al alzar el cáliz, abrió de nuevo los ojos, teniéndolos así abiertos hasta que quedó depositado el cáliz sobre el corporal. Tan grande fue el estupor que se apoderó de la muchedumbre y tantas las lágrimas y gemidos, que no pudo continuarse por entonces la celebración de la misa solemne.

Más tarde fue colocado el cadáver en un sepulcro de la cripta de la iglesia, y se oían repetidos golpes, como de quien llama a la puerta, cada vez que, celebrándose el santo Sacrificio de la Misa, se alzaba la

sacrosanta hostia a la pública veneración, como si quisiera el Santo excitar al pueblo a venerarla.

(P. Fr. Jaime Barón, *Vida de San Pascual Bailón*).

Las Santas Formas de Alcalá

Se trata de veinticuatro Sagradas Formas, incorruptas desde finales del siglo XVI. El hecho ocurrió de una manera sencilla.

Era el día primero de mayo de 1597, cuando en la iglesia de los Jesuitas se presentó un hombre, de extraña catadura, pidiendo confesión. Dijo pertenecer a una partida de forajidos moriscos que, guarecidos por aquellos montes, habían cometido saqueos de iglesias y robado copones por aquellos pueblos, con los sacrilegios correspondientes. De tres distintas iglesias el extraño y arrepentido morisco llevaba consigo algunas Formas consagradas, que entregó entre lágrimas al confesor. El religioso, emocionado, se hizo cargo de las mismas, para ponerlas a su vez en manos del superior, a quien dio cuenta de todo. En principio se convino en que fueran consumidas en la Misa, pero alguien temió la posibilidad de un envenenamiento, como había sucedido a algunos sacerdotes de Murcia y Segovia. Se decidió, pues, guardarlas en una cajita de plata, para, una vez descompuestas, hacerlas desaparecer por el agua o por el fuego. Pero no era éste su destino.

Once años después, las Formas, que son veinticuatro, siguen incorruptas. El insigne escritor ascético padre Luis de la Palma, en su calidad de Provincial,

ordena que sean trasladadas a una bóveda subterránea y que junto a ellas se coloquen otras tantas sin consagrar. Unos meses después, éstas han quedado descompuestas por la humedad, mientras las otras permanecen incólumes. A las seis años es el propio padre Palma quien da público testimonio de cómo las veinticuatro Formas siguen incorruptas. Nuevas pruebas del catedrático y médico de cámara de Su Majestad, doctor García Carrero, así como la intervención de ilustres teólogos, consideran la incorrupción como un verdadero milagro. El pueblo pide esta declaración, que, al fin, es hecha por la autoridad eclesiástica en 1619.

Las Santas Formas fueron ya públicamente veneradas, incluso por el rey Felipe III, que con la real familia presidió una solemne procesión con la milagrosa reliquia en 1620.

Cuando Carlos III expulsó de España a los jesuitas, las Santas Formas fueron trasladadas a la iglesia Magistral, donde reposan los restos de Cisneros. Y así hasta nuestros días, hasta 1936. El incendio de la Magistral por las turbas cierra el paréntesis del milagro de las Santas Formas, en su artística y valiosa Custodia ochavada, que eran el mayor tesoro del hermoso templo. Sábese que tres heroicos sacerdotes habían ocultado antes la milagrosa Custodia. ¿Pero dónde? ¿En la misma iglesia, en la cripta que guarda los restos del Cardenal Cisneros? Los tres sacerdotes, cuyos nombres se conservan, murieron asesinados. Nadie hasta ahora ha dado la menor noticia de su situación, si aún existen las veinticuatro Santas Formas de Alcalá. "¡Dios haga un nuevo milagro!", exclama el erudito biógrafo de la ciudad complutense, don An-

selmo Raymundo Tornero, que nos ha proporcionado estos datos históricos, por él abundosamente explayados en su obra. Acerca de las Santas Formas existe hoy un silencio impenetrable. Eran el orgullo religioso de esa ciudad gloriosa, víctima como pocas del vandalismo rojo. Desde 1626 había quedado establecido un voto de la ciudad sobre la adoración y defensa del Misterio de las Hostias Santas.

(Lope Mateo).

El milagro de Faverney

Corría el año 1608, época calamitosa para la Iglesia de Francia, sometida a los ataques de los calvinistas que, en ocasiones, llegaban a profanar la persona misma del Señor, presente en la Eucaristía, misterio que odiaban especialmente los herejes seguidores de Calvino.

Esta situación había creado la natural inquietud entre los fieles, amantes fervorosos de la Eucaristía.

En Faverney, pequeña ciudad de la diócesis de Besanzón, había un monasterio benedictino cuyos monjes acostumbraban a preparar cada año, la víspera de Pentecostés, una capilla adornada con sabanillas y otros lienzos, sobre cuya mesa se elevaba un Tabernáculo donde había dos Hostias consagradas, puestas dentro de un viril de plata. Y también aquel año 1608 fue expuesto el Santísimo Sacramento la vigilia de Pentecostés, que coincidió con el día 25 de mayo.